

LA MINIATURISTA

Se toca el dedo.

Desde S***** hasta W***** son casi doce horas. Es primera vez que la Miniaturista vuela en primera clase (y en un avión tan grande). Es primera vez, también, que viaja sola.

Vuelve a tocarse el dedo: es una molestia en el anular, un leve cosquilleo que aumenta hasta convertirse en un dolor de hueso.

La Miniaturista piensa en lo que le gustaría; le gustaría, en estos momentos, que su gata romana durmiera en una jaula a su lado. La miraría. La acariciaría. Jugaría con su cola. Y le pediría leche a una de las azafatas. Eso sí: tendría que despertar a Jade y ofrecérsela en un pequeño pote de plástico

que, una vez vacío, secaría con una servilleta y guardaría en su bolso de mano. Sabe además que Jade se portaría bien, que no la despertaría en todo el viaje hasta W*****; a diferencia de esas guaguas que han llorado casi todo el vuelo, su gata sería una estatua, se comportaría. Con suerte maullaría.

La Miniaturista piensa en eso y se toca una vez más el dedo anular.

Jade va abajo, junto al equipaje, ya que no se puede llevar mascotas en la cabina. Piensa en su pelaje platinado y el collar azul ancho y de goma donde la Miniaturista pone sus pastillas para la memoria, en un compartimento rojo con un botón negro (de otra manera sería imposible de recordar tomarlas). Así, cada vez que Jade andaba cerca el collar sonaba como un cascabel y se acordaba de tomar su medicamento.

Por lo menos el señor Ventura se preocupó de que Jade volara en la mejor de las condiciones posibles. Pagó el certificado del médico veterinario y la jaula de viaje, además de las gotas de Bach para los nervios que la Miniaturista le subministró antes de subir al avión.

No se preocupe, le escribió el señor Ventura, yo sé que cada artista requiere compañía animal. Por eso yo tengo a Clarisa y Cirilo.

La Miniaturista se toca el dedo anular con la otra mano. Puede que sean los nervios. Es como si algo le molestara; como si le incomodara no tener el anillo. Cree que lo perdió lavando la loza, aunque de ser así lo hubiera encontrado. Fue extraño: metió las manos en el lavaplatos espumoso hasta el tope y al sacarlas su anillo de matrimonio no estaba. Y lo peor es que no se percató hasta bien entrada la noche. Solo cuando tuvo que terminar la miniatura del embajador de B*****, su esposa y su hija (muerta recientemente, culpa de un cáncer mamario). ¡Su anillo de matrimonio! Lo buscó por toda la casa, sin embargo nada de nada.

El piloto anuncia que pronto llegarán a su destino: W*****, ciudad de embajadas, la casa de gobierno, consulados, políticos, negociaciones y conflictos. La Miniaturista mira por la ventana y a la distancia la ve: varias rotondas con calles aledañas que llevan a otras rotondas que se conectan a su vez con otras rotondas hasta que la ciudad desaparece

en barrios verdes, indiferenciables y suburbiales. Se roza el dedo, se lo moja con saliva y hasta le pasa un poco de crema humectante que saca de un pequeño bolso negro donde, entre otras cosas, lleva una carpeta con los correos electrónicos impresos, además de la dirección del señor Ventura –Brian Ventura–, y la dirección del hotel, aunque alguien la estará esperando en el aeropuerto.

Me encargaré de que su estadía en esta ciudad, histórica y diplomática ciudad, escribió el señor Ventura, sea inolvidable.

Minutos más tarde, cuando el avión está por aterrizar, una de las azafatas pasa recogiendo la basura. Le pide reclinar su asiento. Y así, mientras el avión desciende, la Miniaturista desea que ojalá Jade no se traumatice con el viaje. Porque ya tiene más de doce años. Y no sabe cuánto es eso en tiempo humano. Su hijo una vez le aconsejó que lo buscara online, pero evitó hacerlo. Para qué, pensó ella. Solo sabe que es hartito. Que Jade está vieja. Que tal vez no debería haberla traído. Aunque no podría haber aceptado este viaje sin ella.

El primer mensaje lo envió a la carpeta de spam; el segundo –en la parte de asunto decía **IMPORTANTE**– se lo tomó más en serio. No lo eliminó. Lo leyó, releyó, y entonces googleó el nombre de la persona que lo firmaba, un tal Ricky, y solo ahí llamó a Fede, su hijo. «Phishing, mamá, no haga nada», le dijo él. ¿Phishing?, ¿fishing? La Miniaturista nunca había escuchado esa palabra. ¿Pescado?, ¿pescar? «No mamá, es phishing, no fish». Ante los comentarios de ella, su hijo Fede levantó el volumen de su voz. «Mire, ya le he dicho que no responda a esos correos que le quieren puro sacar plata y datos. Y usted siempre cae».

«¿Lo borro?»

«Sí, pues, mamá. No sea pava».

«Ya, pero no me rete, que me sube la presión».

«No la reto. La cuido, que es diferente. A todo esto, ¿se tomó los remedios?»

El silencio la delató.

«Mamá, ya pues. Si no la memoria le falla».

A la semana apareció otro mensaje. Esta vez, la dirección del remitente era diferente; y esta vez, también, el mensaje parecía más serio. La Miniaturista entendió todo. Leyó el email sin temor. Era otro de esos excéntricos clientes que de vez en cuando le pedían miniaturas. Empresarios o gente de la aristocracia que desconocían la única condición que tenía la Miniaturista: trabajaba solamente con gente cercana a la muerte. Por eso pedía certificados, exámenes de salud, o cualquier documento que acreditara el deceso de la persona que miniaturizaría.

Sin embargo, algo de este email le llamó la atención. El apellido: Ventura.

Era el mismo apellido de un viejo y olvidado amor de juventud.

Sospechó que por eso mismo podía ser phishing (no fishing). Pensó en llamar a su hijo otra vez y luego pensó en que seguramente Fede le respondería aún más enojado. Estaban en esa etapa de la relación madre e hijo en que los papeles se revertían: ahora Fede ponía las reglas; ahora él era la autoridad de

su vida y ahora ella acataba. Lo cual le servía ya que, de otra forma, no se acordaba de tomar esas pastillas que impedían que se le hicieran hoyos en la memoria. A veces, por ejemplo, no lograba recordar el nombre entero de una ciudad, sino sus primeras letras. O reemplazaba un recuerdo con invenciones. «Se pone mentirosa, mamá», como le dijo Fede una vez. «Y olvidona. Eso le pasa».

En todo caso este nuevo email se veía diferente. El remitente no solo la mencionaba varias veces en el texto, sino que mencionaba su trabajo, su página web y la trataba con admiración.

Le escribo en esta tarde otoñal con una invitación que...

Tal vez nadie intentaba sacarle dinero o información personal. El señor Brian Ventura le escribía personalmente para invitarla a la ciudad W*****.

Yo sé —qué digo: estoy seguro— que una artista de su calidad debe tener la agenda copada. Pero le pido que lo piense. ¿Cuál es el precio?, me pregunto yo. ¿Cuál es el precio para que usted, mi querida señora, viaje y entienda por qué necesito de su arte?

Era un mensaje breve, dolido, con un tono urgente y a la vez, docto.

Por favor déjeme demostrarle mi interés en su oficio. Necesito que junto a estos a estos seres vivos que considero mis hijos, o incluso más que hijos, nos miniaturice. Es verdad que no estoy camino a la muerte. Por lo menos pronto. Aunque me pregunto, y aprovecho de preguntarle a usted también: ¿no damos un paso más hacia la muerte cada día que pasa?

Adjunta venía una reserva de pasajes, un documento con las condiciones monetarias, número de teléfono (de su casa, oficina y línea personal), y no solo eso: el señor Ventura incluso le pedía que por favor le mandara lo antes posible los datos de su cuenta bancaria. Quería depositarle la primera parte del viático. En caso de que ella aceptara, claro.

Mi querida: sé que sigue indecisa en cuanto a mi invitación. Pero me imagino que esto la ayudará a decidirse.

Finalmente, la Miniaturista aceptó el encargo del señor Ventura, tan a última hora, porque era sobrino de su amor de juventud: el Obsceno Escritor.

Si me ayuda con la miniatura mía y de mis niños, Clarisa y Cirilo, lo que se ve en la foto adjunta con este mensaje será suyo. Se nota que es una de sus primeras obras. Y por lo tanto, supongo que tendrá un significado especial para usted. ¿Me equivoco?

Abrió el documento adjunto.

Era esa miniatura que moldeó en base a la novela del Obsceno Escritor. Había usado una arcilla gris verdosa, y le quedó como una gárgola dispareja, deforme, con la cabeza doblada hacia atrás y aplastada; además, le torció los brazos, dedos, nariz, boca y orejas y partió la lengua en dos.

Aparte de la figura, en mi poder tengo varios cuadernos de mi tío, con anotaciones y secciones de su diario de vida. No los he revisado todos, pero algunas páginas le llamarán la atención. Supongo. Tengo entendido de que vacacionaron juntos.

No fue tanto recobrar aquella miniatura; aquella imperfecta y primeriza miniatura, sino la promesa de revisar el diario de vida de un antiguo amor y encontrarse en esas páginas. Porque según Ventura, su tío la mencionaba. Y varias veces.

De aceptar mi invitación, uno de mis ayudantes la contactará. Él se encargará de todo. De aceptar mi invitación, podrá conocer esta, la ciudad diplomática, capital del imperio. Así que véalo como una forma de viajar gratis. De conocer y expandir sus fronteras. Y si durante su estadía algo sucede, no le gusta el trato, o no soy digno de ser miniaturizado por tamaña artista, le aseguro que podrá regresar lo antes posible a su país, que como ya sabe, también es el país de mi familia.

Con admiración, sin más que agregar, se despide...

Brian Ventura III

~

Es un hombre mayor, flaco y de cara seria. Tiene ojeras moradas, ojos estrechos y algo de cabello graso, apenas lo suficiente como para cubrir la calvicie con un peinado neutro.

Se presenta como Ricky. La recibe en el aeropuerto y maneja hasta el hotel.